

¡Ruperto insiste!

Roy Berocay

loqueleg

Ruperto contra el monstruo de hierro

El sonido era cada vez más fuerte, *chuf-chuf-chuf*. Y todo parecía temblar: los árboles, las plantas, la tierra.

7

—¿Qué es eso? —preguntó un pájaro despertándose en su nido en medio de los grandes temblores del mundo.

Allá, a lo lejos, vio un ojo, un enorme ojo de luz que avanzaba y sonaba muy enojado, acercándose más y más.

¡Chuf-chuf-CHUF-CHUF!

Entonces todos los bichos del lugar se despertaron asustados al ver la cosa enojada que crecía y ese ojo de luz que parecía mirarlos.

—¡Tenemos que hacer algo! —dijeron los pájaros apurándose para salir volando.

—¡Tenemos que hacer algo! —dijeron también las lagartijas asomándose entre las piedras de la noche.

Lo que hicieron fue correr, volar, saltar en todas las direcciones y después, desde la distancia, escondidos entre los yuyos, se quedaron asombrados al ver pasar aquello.

—¡Es un monstruo! —dijeron los bichos de la humedad enrollándose como bolitas.

8 El ojo de luz se abrió camino, los árboles temblaron más y más, la tierra se sacudió y la cosa gigantesca y oscura pasó de largo a toda velocidad.

Poco después, mientras el sapo Ruperto soñaba con que estaba de vacaciones en un planeta lleno de moscas, se escucharon voces fuera de su cueva a orillas del arroyo.

—¡Ruperto! ¡Ruperto!

—*Mmmm*, sí, mosquitas gordas, deliciosas, *mmmm* —decía el sapo detective más famoso del arroyo Solís Chico sobre su colchón formado con varias gomas de borrar.

—¡Rupeerto!

Se despertó en la oscuridad, tropezó y metió una pata en una tapa plástica de refresco que usaba de pelela. Después chocó contra una piedra y finalmente, rengueando y agarrándose la cabeza, salió a ver quién lo llamaba.

—¡Ruperto, es terrible! —dijeron tres lagartijas, cuatro ranas y trescientas veintidós hormigas al mismo tiempo.

Es que Ruperto sabía contar muy rápidamente.

—¡Por supuesto que es terrible, me reventé la cabeza!

—No eso no, queremos decirte otra cosa que es terrible —insistieron los bichos.

—¿Qué les pasa? ¿Saben qué hora es?

—No —dijeron todos—. ¿Y vos?

—Yo tampoco —dijo Ruperto sacudiendo su pata para tratar de sacarla de adentro de la tapita.

—No es hora de ponerse a bailar, Ruperto; necesitamos tu ayuda —dijeron los bichos.

Y después, con lujo de detalles, en varios capítulos y con ilustraciones a todo color, le contaron lo que había sucedido.

Pero Ruperto no parecía muy impresionado.

Fue saltando hasta una piedra y se sentó para tratar de sacarse la tapita.

—Así que un monstruo gigante con un solo ojo, ¿eh? —preguntó bostezando.

—¡Sí, sí!



Ruperto sacudió su pata, pero la tapita seguía ahí.

Después hizo como si pensara, se puso serio y los miró a todos.

—¿Y por esa pavada vienen a despertarme a esta hora? No hay caso, basta que aparezca algún monstruo gigante y horrible, para que vengan a buscarme.

11

—Pero vos sos el héroe, el batracio “number uan”, ¿te acordás? —insistieron los bichos.

—Bueno, ejem... claro... si me lo piden así... —contestó el sapo tratando de poner cara de héroe.

—Esperen que en seguida vuelvo —les dijo y volvió a meterse en su cueva.

Es que si tenía un nuevo caso, no podía ir vestido así nomás, así que se puso su traje de detective, la gabardina, el sombrero, la mirada astuta y volvió a salir.

Al rato nomás todos los bichos iban en camino del lugar por donde había pasado el monstruo.

Ruperto, que iba más atrás —ya que caminar con una tapita trancada en una pata le resultaba un poco difícil— se acordaba de ese

lugar, aunque hacía mucho tiempo que no pasaba por ahí.

Había como una montaña y después un puente de fierro que pasaba por encima del arroyo.

12 —Quédense acá que voy a investigar —dijo valientemente Ruperto iluminándose con una linterna de llavero que había encontrado tirada en el bosque.

Cuando llegó arriba del todo, vio que encima de la montaña había unas cosas de metal finitas y larguísimas que parecían caminos y que abajo, cruzando los caminos, había tablas atravesadas.

—¡Una escalera! —pensó Ruperto, pero después se quedó quieto.

¿Para qué serviría una escalera tan larga, acostada encima de una montaña?

No lo sabía.

Los bichos le habían dicho que el monstruo había venido de allá, desde el otro lado del arroyo. Entonces Ruperto miró hacia ese lado y apuntó con su linterna, pero no se veía nada.

Después de tropezar unas cuarenta y tres veces y rodar por la montaña, volvió con sus amigos.

—Tenemos que ponerle una trampa —dijo levantándose todo lleno de tierra— es por si pasa de nuevo.

—¡Una trampa, una trampa! —repetían los bichos y corrían en todas las direcciones para ponerse a trabajar.

Terminaron una hora después.

—¡Ja! ¡Que se haga el vivo ahora ese monstruo! —comentó Ruperto y todos aplaudieron mirando con asombro la maravillosa trampa para monstruos que habían creado.

En realidad habían clavado dos palos encima de la montaña, uno a cada lado del camino y después habían atado un hilo de una punta a otra.

—Cuando venga el monstruo, se va a tropezar y se va a caer y entonces lo atrapamos —les dijo Ruperto—. Ustedes tienen que estar preparados.

Los bichos volvieron a salir corriendo para todos lados para buscar armas.

Unos trajeron unos palos, otros habían encontrado un tenedor oxidado al que le faltaba un diente y las hormigas dijeron que ellas no necesitaban armas porque podían picar al monstruo en las patas.

Entonces se escondieron para esperar al monstruo.

Al rato nomás la tierra empezó a temblar de nuevo y allá a lo lejos, pero esta vez viniendo desde el otro lado, apareció el ojo de luz gigante.

14 —¡Hay que esconderse bien, estos monstruos son medio traicioneros! —gritó Ruperto y los bichos se taparon con yuyos y ramas.

El temblor aumentó y el ojo se hizo más grande y después, como un viento negro, la cosa pasó de largo a toda velocidad.

¡CHUF-CHUF-CHUF!

—¡Esta vez te escapaste, pero ya vas a ver! —le gritó enojado Ruperto, levantando un puño.

Entonces decidieron que lo mejor era intentar hablarle al monstruo para que no pasara más por ahí, pero Ruperto dijo que no podían hablar todos al mismo tiempo y que mejor lo hacía uno solo.

Los bichos se juntaron y decidieron votar para ver quién hablaba con el monstruo.

El sapo Ruperto resultó elegido por más de trescientos votos contra uno, el de él.



Ahora ya no podía volverse atrás.

Ruperto se puso las manos en los bolsillos, sacudió su pata una vez más para tratar de sacarse la tapita y comenzó a subir, aunque en realidad tenía ganas de salir corriendo.

16 Pasó el rato y Ruperto, de pie en uno de aquellos caminos, esperaba y esperaba y se ponía cada vez más nervioso.

Minutos más tarde, otra vez el ojo de luz apareció a la distancia.

—¡Vamos, Ruperto! —gritaban las lagartijas.

—¡Pegale una piña! —decían los pájaros.

Y la cosa se venía.

—¿Y si mejor le mandamos una carta? —comentó temblando Ruperto, al ver cómo la sombra crecía.

—¿Una postal?

El ojo de luz, grande como un sol, lo iluminó. El monstruo venía derecho hacia él:

Ruperto respiró hondo, puso cara de sapo valiente, levantó su pata y gritó:

—¡Detente, monstruo de porquería!

—¡Chuf-chuf-chuf! —rugió la cosa oscura, cada vez más cerca.

—¡Det...! —intentó decir Ruperto una vez más, cuando la cosa enorme se le vino encima y el sapo empezó a correr para tratar de escapar —*toc, toc*— con su pata en la tapita golpeando encima de aquellos caminos de metal.

Los bichos se agarraron la cabeza.

La cosa pasó de largo por encima de Ruperto.

—¡Lo hizo puré! —gritaron las ranas.

Todos esperaron a que la cosa estuviera bien lejos y subieron corriendo a ver qué había sucedido.

—¡Desapareció! —decían unos.

—¡Se lo comió! —decían otros.

—De-ten-te... —dijo una voz arrugada que venía desde abajo.

Por un agujero de una de las tablas, con el sombrero aplastado, se asomó un sapo tembloroso y bastante arrugado.

Todos aplaudieron de contento; lo abrazaron, lo besaron, lo saludaron, lo apretaron y hasta le robaron la billetera en medio del alboroto.

Después, cuando todos estuvieron más tranquilos, bajaron de la montaña.

—Y, Ruperto... ¿le dijiste? —preguntaron, ansiosos, los bichos.

—¡Claro que le dije! ¡Para eso vine!, ¿no? —contestó, enojado, el sapo.

—¿Y qué te dijo? —preguntaron las ranas.

—¡Ah!, eso... dice que disculpen, pero que tiene que pasar por acá porque tiene a la mamá enferma.

18

—¡Ah! —dijeron todos—. ¡Pobre monstruo, debe estar muy preocupado!

—Sí —dijo Ruperto—. Así que lo voy a dejar que siga pasando; pero ustedes no se le crucen en el camino, porque siempre anda medio apurado.

—¡Ruperto es un genio! —decían los bichos, agradecidos.

Después todos se fueron a dormir otra vez y Ruperto se alejó hacia su cueva.

Lejos de allí, uno de los conductores de la locomotora le decía a su compañero:

—¡Te digo que vi un sapo con sombrero y gabardina!

—¡No digas bobadas! —le contestaba el otro hombre.